

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado. . .	24 reales.
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

AL SEÑOR D. LAUREANO FIGUEROLA.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

MADRID.

(Reservada.)

Muy señor mio y funesto paisano:

Reciba Vd. mi pésame: clarito; ya sabe Vd. que en nuestra tierra no nos andamos con rodeos.

Por acá tenemos la salud que nos dejó el cólera, pero la cólera que ha inspirado su último discurso, puede sernos fatal para la salud.

Todo el mundo anda bufando, trinando, rugiendo contra usted.

Solo he visto á una persona, una sola, que le alabe: es un empleado del gobierno que en seis meses no ha recibido ningun ascenso.

Las acusaciones que se le dirigen á Vd. son concretas.

Usted ha falseado la historia, ha empuñecido la política, ha dado muestras de una credulidad pueril muy lamentable.

Desdichados de nosotros, si las cosas tomáran en España el tortuoso sesgo que Vd. trata de imprimirles.

Es indudable que, pasado el primer momento, se habrá Vd. arrepentido de su imprudencia; pero, ¡ay paisano, si fuera esto solo!

Usted se lamentó de que el partido progresista, el que vertió su sangre para levantar el trono constitucional, no haya sido llamado al poder...

¿Pero cómo no se le ocurrió antes lo que tan gloriosamente le habia de contestar el Sr. Posada Herrera? ¿Pues no ve Vd. que ese partido se halla dividido y subdividido hasta lo infinito?

¡Oh! Si el partido progresista estuviese fuerte, compacto, entonces..... no se pasarían veinticuatro horas sin mandarle recado: ó si no, vea Vd. lo que pasó en 1834.

Hábleme Vd. del general Narvaez, que con siete amigos en la Cámara fué llamado á gobernar. ¿Por qué? Porque no está dividido. Hemos tenido ministerio Mon, y ya ve Vd. que en el Sr. Mon, el más experto no hallará division alguna; hemos tenido ministerio Miraflores, y ministerio Arrazola, y ministerio Narvaez con casi embajador San Luis, y ¿por qué? Porque Arrazola es un señor y no un partido, y Narvaez lo mismo, y otrosí Miraflores, y á ninguno de ellos les ha dividido nadie.

Y si hoy ocupa el poder la Union liberal es precisamente porque no es partido.

¡Usted que ya no es un niño, se ocupa de fuserías, como por ejemplo, de la etiqueta de Palacio!

¡Ay señor Figuerola de mis pecados! Es menester, es preciso que recobre Vd. su prestigio en el espíritu público por medio de un buen golpe, de una cosa de efecto, que dé á conocer su arrepentimiento. El general O'Donnell anduvo con el cirio; busque Vd. entre los enseres de su casa otra cosa de eficacia semejante, y que sea pronto, porque corre prisa.

Sobre todo, nada de pequeñeces: cosas grandes, grandes; no quiero decir que hable Vd. precisamente del déficit; pero de cosas así, patrióticas, nacionales.

Diga Vd. algo de Recaredo, ó de Isabel la Católica, ó de Pelayo; si puede ser cosa de los moros que he hemos vencido, mejor, que eso es popular y consuela; hoy que tantos consuelos necesitamos, el dolor público agradece cualquier recuerdo de aquellos tiempos.

Déjese Vd. de ilusiones; que si el Sr. Posada Herrera enseis años no ha visto ninguna influencia inconstitucional, ó no existen ó andan muy recatadas.

Por supuesto que esto se queda entre nosotros. Después del mal efecto que Vd. ha producido, no me tendría cuenta que anduvieran por ahí diciendo que se interesa tanto por Vd.

Roberto Robert.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO

DE GIL BLAS PARA 1866.

Un volumen de 64 páginas en 4.º á dos columnas con una magnífica cubierta.

Contiene:

Juicio del año, por Manuel del Palacio.

Los cesantes de la Corona, por Luis Rivera.

El camelo de la vita (ópera seria), por Eusebio Blasco.

El sueño de Novaliches, por Luis Rivera.

Memorias de un perro, por X.....

Canto polaco, por Luis Rivera.

Madrid en la mano, por Manuel del Palacio.

Los cafés de Madrid, por Eusebio Blasco.

Exámen, por el mismo individuo.

El casero del siglo XIX, por Luis Rivera.

Fragmentos, por Eusebio Blasco.

Os vi rabiár, por Manuel del Palacio.

Fábula, por Roberto Robert.

De golpe y porrazo, por X.....

Zodiaco ministerial, por Roberto Robert.

La corona, por Luis Rivera.

De una comedia inédita, por Eusebio Blasco.

Molice, por Luis Rivera.

Contiene además cuarenta y ocho dibujos, por Bec-

quer, Perea (Daniel), y Ortego; y grabados por Bernardo Rico.

Se vende en la administracion del periódico, Huertas 10, principal, y en las principales librerías.

Precio en Madrid, CUATRO REALES. En provincias, CINCO, franco de porte.

¡ALEGRÍA, ALEGRÍA!

Por poco que Vds. sepan francés, y advierto á ustedes que yo sé muy poco, sabrán que *gaité* en francés casi equivale á decir *alegría*.

Estaba por tanto reservado á un extranjero que vive en Madrid, y que se llama Mr. Gayté, el privilegio de ponerme á mi alegre á despecho de la Union liberal, de la previa censura, de las causas, de los efectos, y de los efectos de las causas.

(Entre paréntesis, tengo el gusto de anunciar á ustedes que he sido absuelto libremente en una de las que se me siguen, que no recuerdo por cierto cuántas son, y que me tienen con un cuidado tal que no me llega la camisa á los talones.)

¿Y quieren Vds. saber por qué Mr. *Alegria* ha producido en mí tanta *gaité*?

La *Correspondencia* de estos dias lo pregoná con unas letras tan grandes como los destinos y los desatinos de Mon.

Leamos: «*Conferencias en francés, Puerta del Sol, número 6, cuarto tercero.*»

Estas conferencias tendrán por objeto, no solo dar á conocer los escritos más notables y de actualidad que publica la prensa del vecino imperio, sino acostumbrar á un tiempo el oído de los concurrentes á la percepcion de los sonidos franceses, concluyendo la conferencia con una *conversacion en francés sobre el asunto del dia.*»

¿Comprenden Vds. ya por qué estoy alegre? Mi felicidad, que ántes andaba á salto de mata, se ha mudado á la Puerta del Sol, 6, cuarto tercero. Voy á saber por fin lo que en Francia se piensa y se dice de España; lo que el gobierno nos oculta muchas veces; lo que suele escribir *El Charivari*; lo que ántes me detenía en la frontera, como si fuera un artículo de contrabando.

Al mismo tiempo me acostumbraré á los *sonidos franceses*. Quizás esto me hace más falta todavía que lo otro. En Francia suena el dinero, que es la riqueza, cuando no suena el clarín, que es la gloria.

En cambio, ¿quieren Vds. decirme lo que suena en España?

Hoy por hoy, nada absolutamente; más adelante, lo que fuere, sonará.

Pero sobre todo, lo que me entusiasma, lo que me enloquece, es el final del parralillo. Despues de enterarme de cuanto se dice en el vecino imperio; despues de acostumbrarme á los sonidos franceses, me espera todavía lo que yo juzgaba inverosímil; una conversacion en francés sobre *el asunto del día*.

Es así, que el asunto del día y de la noche, es la política del ministerio, los temores del ministerio, y las cosas del ministerio; luego puedo hablar diariamente del ministerio y de lo que caiga, sin otro sacrificio que el de hablar en francés.

Ya me figuro verme colocado en el sitio más céntrico de la sala, enderezando á la union liberal un discurso, que concluirá, segun el último modelo, con una cita que podria ser esta:

*¿Qué direz vous, races futures,
si quelque fois un vrai discours
vous récite les aventures
de nos abominables jours?*

Me parece que el asunto no puede ser más del día, ni más oscuro al mismo tiempo.

Se me olvidaba decir á Vds. que el anuncio tiene una nota. La nota dice así:

«Mr. Gayté hará iguales conferencias en casa de las personas que lo soliciten, siempre que el número de los concurrentes sea de veinte por lo menos.»

Con que ya lo saben Vds.; nos reuniremos todos los que queramos, y hablaremos en francés sobre los asuntos del día.

¡Buenas cosas se va á perder el gobierno por no saber francés!

¡Gracias á que las ha oido tantas veces en castellano!...

Pero, ¿á qué no se acostumbra uno? ¿Quién me habia á mí de decir que me acostumbraria á esta situacion?

M. del Palacio.

ECONO-NUESTRAS.

I.

Todo el mundo habla hoy de economías.

Esto prueba una de dos cosas: ó que no las hay, ó que no hay un cuarto.

Que no hay un cuarto lo afirma todo el mundo; desde los que se mudan de casa hasta los que echan la casa por la ventana.

Estamos en grande. A cualquier hora puede uno salir á que le roben.

Los ladrones han muerto por hambre.

LA MUERTE DEL PAYASO.

¡Le vi morir! Tuve el gusto de verle morir rabiando. Era chato, colérico, bízco, inclusero y vengativo. Hablaba todos los dialectos de Italia y blasfemaba en todos los idiomas de ambos hemisferios.

Tenia grandes cejas, ojos pequeños, pecho enorme y sed inestinguible.

La turba de saltimbanquis de que formaba parte, llegó á mi pueblo por ferias, en año de mala cosecha.

Los campos estaban agostados en toda la comarca, se acercaba el vencimiento trimestral de la contribucion, yandaba todo tan dado al diablo, que ya no confiábamos en la misericordia divina.

El día aquel, empero, era de grandes esperanzas. Despues de tres meses de sequía, el cielo amenazaba, digo mal, prometia, insinuaba lluvia.

A cosa de las once, á medida que se encapotaba el firmamento, se despejaban los semblantes de los labradores (¡bonita antitesis!) y... teniamos el chubasco por seguro, por tan seguro, que se determinó salir en procesion de rogativas.

En eso estábamos, cuando vimos llegar el carro con toda la mogiganga de los volatines, y á horcajadas sobre el toldo del carro iba el payaso, con el pelo rojo todo erizado, los párpados superiores doblados como solapas, los ojos en blanco, sacando la lengua, haciendo la mamola á dos manos y... en fin, que parecia el mismísimo demonio.

Verle y desconcertarse los fieles todo fué uno. Asomar el carro por la plaza y disparárenos un rayo de sol que desvaneció las nubes, todo fué otro.

II.

Volvamos á las economías.

Grima me da ver á los papás de la patria ocuparse en el Congreso y en el Senado de lo que se debe de hacer para economizar dinero. ¿Pues hay más que hacerlo sin decirlo?

GIL BLAS es más liberal de lo que parece; pero cuando se trata de economizar no hay quien pueda con él.

Por ejemplo:

III.

Proyecto de ley. (Que es como si dijéramos: *por si pega*.)

Artículo primero. De hoy más, todos los empleados, chupa-lintas, aprendices de auxiliares y conatos de escribientes, suprimirán los tildes en las ñ ñ y los puntos en las i i en todo género de escritos.

Esto arroja un resultado económico de tinta que asustaria áun al más indiferente. A mi amigo Posada, que segun dicen, le estorba lo negro.

Artículo segundo. Toda persona (ó animal cuadrúpedo) que cobre sueldo del gobierno, tendrá la estricta obligacion de no usar tacones en las botas; esto produce grandes y sorprendentes efectos; por ejemplo, se observa que el que no cae, resbala.

Artículo tercero. Todos los españoles se dejarán la barba, para no gastar dinero en barberías.

Artículo adicional. Las personas barbilampiñas comprarán barba postiza, lo cual, si no es económico, al menos puede servir para que parezca que se cumple la real orden sobre economías; cosa muy comun en estos países liberalmente regidos.

Artículo cuarto. Se suprime el pudor político y la probidad administrativa en todo cargo público, como medida perfectamente económica.

Artículo quinto. El dinero que se ahorre en todas las economías antedichas, se empleará en coches y otros escesos para los empleados públicos.

IV.

Ea, pida Vd. más, pueblo exigente.

Pida Vd. más, y digo que no tiene Vd. ni un adarme de sentido comun.

Se trata de economizar con el bolsillo ajeno, ¿estamos?

Por consiguiente, todos estamos obligados á pagar el pato.

¿Quién es el pato? ¿Quién economiza? ¿Quién tiene dinero?

La solución, en cuanto se levante el *estado de si tío*.

Eusebio Blasco.

Y desvanecerse las nubes y nuestras esperanzas, fué lo mismo.

Aquellos corazones que rebotaban de piedad, con ver el sol y el payaso se llenaron de ira, de saña, de rencor; sí, señora (porque esto se lo cuento á una señora).

Pues señor, digo, pues señora, en un periquete clavan cuatro espárragos, como decimos, y con unas percalinas desteñidas y astrosas, formaron á manera de un teatro, en las barbas de los mayores contribuyentes y de los tres individuos que componian el clero parroquial.

El vicario tuvo el primero la mejor idea. —¿Sí? dijo: ¿mogigangas á tales horas? Pues adentro con la cruz y los cirios, y que vayan á divertirse donde llueva.

Y así se hizo; y en seguida ¡fué cosa de ver! El sol barre que barre nubarrones, y se puso un día, ¡vaya un día! Para aquellos labradores un día horroroso, funesto; en fin, un día de esos que en Madrid llamamos un día... magnífico. Pero verá Vd. ¿Por cuanto mi payaso, que andaba malucho dos meses hacia, comienza á sentir fiebre y desvanecimientos, y que se le doblan las piernas, y que se le va la vista, y otras mil pejúgueras? Aquí te quiero ver, escopeta.

Lo cierto es que á mí me picó la curiosidad, porque, sin modestia, ya sabe Vd. que soy observador, y me acerqué á la barraca.

Estaba el hombre echado sobre un haz de paja, que nada tenia de nítida, en un rincón del tenducho.

Entrechocábanse sus dientes, cerraba los puños, y luego volvía á abrir las manos, estirando los dedos con tal fuerza que se le torcian hacia fuera como si hubiese de cerrarlas por los enveses.

Yo dije: eso son los nervios.

Miraba él á todas partes con cara de mala voluntad; re-torciase; daba gemidos súbitos, roncacos y prolongados, y

¿Quién es el autor de la siguiente carta? Lo ignoro; segun las noticias que he podido adquirir, es una persona que ha ocupado altos puestos; y su intimidad con los principales personajes de la política española, así como la independencia de que goza hoy, le permiten apreciar debidamente los hombres y las cosas de nuestra época.

¿Cómo llegan estas cartas á la redaccion de GIL BLAS?

Por el correo interior.

Hé aquí el título que me ha parecido oportuno dar á esta singularísima correspondencia de FABRICIO.

Por mi parte ofrezco guardarle el secreto, todo el secreto que él desea:—¡como que estoy á oscuras!

Dicho esto y publicada la primera carta, Fabricio tiene el campo abierto para despacharse á su gusto.

Yo, como el público, me dispongo á aplaudir ó á censurar.

Luis Rivera.

POR EL CORREO INTERIOR.

Sr. Gil Blas.

Muy señor mio: Yo fui amigo de Vd. *in illo tempore*, y quisiera que hoy volviésemos á reanudar nuestras antiguas relaciones.

No me pregunte Vd. mi nombre, ni me pida mi fotografia, porque desde luego habria de exclamar al saber el uno y al mirar el retrato: *¡Quantum mutatus ab illo!*

Y qué quiere Vd., amigo GIL BLAS; tales mutaciones son achaques de la época; y Vd. que tanta experiencia tiene, y que pasó una gran parte de su vida entre *comediantes*, no deberá admirarse al ver en estos tiempos que los *gorriones* echan plumas *verdes*, *amarillas* y *encarnadas*, y que los *canarios* se vistan de negro.

Tampoco debe causarle estrañeza que el método del doctor Sangredo haya pasado de las ciencias médicas á las ciencias políticas; y que ciertos políticos, á imitacion de los médicos alópatas, hayan propinado al país los mismos remedios que aquellos aplican á los pobres enfermos.

Si la nacion está mal por falta de recursos, aumentan el número de *sanguijuelas*.

Si siente debilidad, porque cada día tiene menos sangre, se le propinan nuevas sangrías.

Si hay un partido ó partidos que condenan severamente su conducta torpe y desacertada, aplican á estos sendos sinapismos.

Grita la prensa indignada contra los abusos del poder, y le ponen unas cantáridas.

Suscítanse complicaciones con países extranjeros, y entonces nada mejor que cataplasmas emolientes.... *et sic de cæteris*.

Perdone Vd., Sr. GIL BLAS, si el recuerdo del doctor Sangredo, tan parecido á los histriones modernos en

francamente, le vi padecer de tal modo, que por un momento me estremeci y le pregunté:

—¿De dónde es Vd.?

El me lanzó una mirada feroz, tigrosa, y no me contestó, y volvió á retorcerse.

Yo le volví á preguntar:

—¿De qué tierra es Vd.?

Me parece que en nada le ofendia.

Y el canalla, volviendo la fea cara al otro lado, me responde lo de Cambron... y Vd. dispense, señora.

Vaya Vd. á interesarse, dije entre mí, por semejantes bribones; despues que compadecido de él le dirijo la palabra... en fin, bien empleado me estuvo.

Uno de sus compañeros, que le estaba contemplando, al ver su impertinencia, me dijo, chapurrando el español:

—Es romano; habria podido recibir una educacion excelente en el hospicio del Papa; porque allí los incluseros no tienen que pagar nada por aprender; pero él fué malo desde niño; nunca tuvo un átomo de inteligencia, y como está dotado de una fuerza extraordinaria, jamás ha querido que los débiles le sujetasen; y luego, señor, este hombre con medio vaso de vino se emborracha, y cada día bebía más de medio vaso; y así, por su mala cabeza, ha tenido que venir á parar á volatinero, como nosotros, que hemos tenido la desgracia de ser hijos de padres conocidos y pobres.

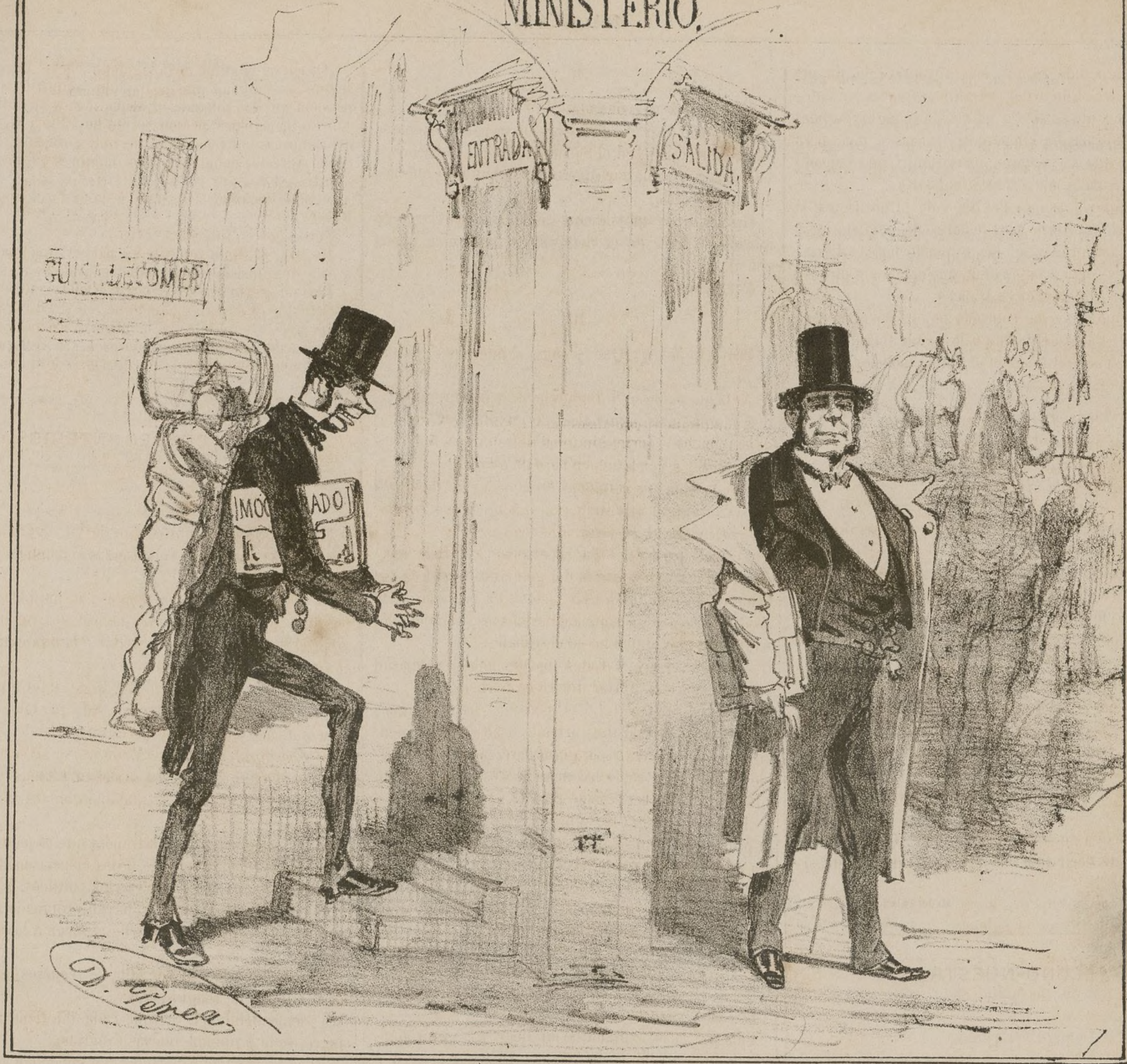
Pero vuelvo al asunto.

Dentro de la barraca estaba una chiquilla que iba con los volatines, adiestrada por el payaso, y les ayudaba á ganar la vida.

La chiquilla estaba jugando á la comba; pero de cuando en cuando se acercaba al haz de paja, es decir, al payaso, se ponía en jarras y le soltaba una risotada en las narices.

El hombre tomaba cada berrinche... ¡ah! y á todo esto el cielo cada vez más nublado.

MINISTERIO.



Hijo de un partido osado,
á la voz del deber sordo,
el ministro moderado
entra en el poder delgado
y sale del poder gordo.

El jefe de la cuadrilla entró y se arrodilló junto al enfermo, llevando un vaso en la mano y le dió de beber.

Yo dije para mí: á ese hombre no deberían darle agua, que con la fiebre le va á hacer daño; pero lo mejor es ver y callar entre semejante gentuza.

El bebió con ánsia de un sorbo todo el contenido.

—¿Qué tal? le preguntó el jefe sonriendo.

Pero mi hombre comenzó á dar bufidos, á ponerse colorado, encendido, rojo, morado, casi negro, y pedía agua y más agua.

—¿Cosa c'è? preguntó al jefe de la cuadrilla el otro saltimbanqui.

Y él respondió:

—Aquavita.

Después supe que le había hecho tragar medio cuartillo de aguardiente.

El payaso bufaba enfurecido, vociferaba blasfemias que salían entrecortadas de sus labios; pero el maldito, las volvía á empezar y no se daba por satisfecho hasta que le salían enteras y correctas.

En aquellos momentos, viéndose tan cerca de la muerte... le aseguro á Vd. que no se comprende tanta ingratitud con el Criador.

La chiquilla, que le veía desesperarse, cerraba un puño y dándose con él en la palma de la otra mano, escarnecía su dolor repitiendo sus malas palabras y remedándole con su voccecita chillona.

La mayor parte de la gente del pueblo se había metido en sus casas porque no les cogiera la lluvia, cada vez más próxima á caer; desde los umbrales contemplaban el cielo y se restregaban las manos de gusto porque ya se oían truenos precursores del benéfico chubasco; pero yo quise ver en qué paraba aquello.

Los saltimbanquis se iban poniendo de muy mal humor; porque con aquel buen tiempo y la enfermedad del payaso

dejaban de ganar, y ya comprenderá Vd. que aquella canalla no pensaba más que en los miserables intereses.

Pues como digo, la buena gente de mi pueblo esperaba con vivas ansias ver salvada la cosecha que les había de dar para vivir, y yo no sé quién fué, creo que un chiquillo, le fué á decir al párroco que en la barraca de las comedias se estaba muriendo un hombre.

El párroco dijo: ¡Bah! cosas de chiquillos; pero un viejo y una mujer y tres ó cuatro mozos le dijeron que en efecto, un hombre se moría allí, y el pobre párroco, á pesar del mal tiempo, se vistió como era debido y fué preparado á la barraca con el vicario.

Mire Vd, señora, todavía se me pone la carne de gallina cuando pienso en lo que vi entonces.

El payaso se quedó mirando al pobre sacerdote, y lo primero que le dijo, fué:

—¡Dichoso tú que has elegido el buen camino! Nosotros lo hemos errado.

Y se echó á reír de un modo tan particular...

Yo al principio le creí cuerdo; después... después... en fin, ya le digo á Vd. que se me pone carne de gallina.

El cura le preguntó con gravedad:

—¿Pertenece á la religión católica, apostólica, romana?

—*Connais pas*; respondió él.

Ninguno de nosotros supo lo que quería decir con esto, y el pobre cura andaba preguntando en vano de uno á otro.

De pronto, el payaso se incorpora y quiere coger el bonete, pero afortunadamente las fuerzas no le ayudaron, y volvió á caer en el lecho, vamos, en la paja.

Abrió desmesuradamente la boca, y se llevó la mano al pecho pidiendo agua.

Volvió á sus contorsiones y la niña se las acompañaba con una canción, con tanta malicia, que cuando él se torcía

con rapidez, ella precipitaba el compás, y cuando se torcía como haciendo esperezos, ella prolongaba las notas.

El empezó á gritar: ¡Que me muero! ¡que me muero!

El otro saltimbanquis se rascaba la cabeza atolondrado: no sabía que había de hacer.

El payaso le dirigió una mirada ¡cosa particular! (en fin, cada hombre es una historia) le dirigió una mirada languida, suave, suplicante, casi diría benévola, repitiendo que se moría, y el otro en el mayor embarazo le respondió:

—E ben..... finisci.

—Finisci, dunque, or via, finisci; añadió la niña contemplándole.

Entonces él echó á la niña otra mirada suplicante y tierna... ¡es claro! lo que son esas gentes, como se sentía morir á todos ponía buena cara.

Y, verá Vd., mirando á la niña extendió los brazos é hizo un gesto para que ella fuera á abrazarle; pero la chiquilla, que era muy lista (mire Vd., en medio de todo, casi me dió risa su travesura), abrió los brazos también fingiendo que iba á él, pero no hizo más que echar el cuerpo hacia adelante y dar saltitos á pié juntillas, pero sin avanzar un paso y riéndosele en su cara.

Él torció la cabeza, miró al cielo, y saltándosele los ojos de sus órbitas prorumpió en una maldición que... ¡ni una rabanera!

Pero ¿dan las diez? Perdón Vd., señora, no puedo detenerme más. Otro día la contaré á Vd.... Aquel año tuvimos una cosecha magnífica. Le enterraron fuera del pueblo en un pantano, junto á un pajar. Por eso, desde entonces, así que veo payasos... en fin otro día... A los piés de Vd.

Roberto Robert.

su *proceder facultativo*, me ha apartado de mi propósito.

Es verdad, que esto es muy propio en las gentes que no pertenecemos á la familia de los gorriones, y por eso nos solemos ir á la paja, mientras que aquellos se comen el grano.

Pero vamos al asunto.

Deseo escribir á Vd. unas cartitas sobre ciertos estudios que tengo hechos á mi modo, y que desearia publicar; mas como no tengo un céntimo, y estoy tan entrampado ó más que puede estarlo el Tesoro español y la Caja de Depósitos, he creído que Vd. me haria ese favor, insertándolas en las columnas de su periódico.

Sin embargo, si acepta mi proposicion, no me pregunte Vd. si entiendo de leyes, porque ni las he estudiado, ni pretendo saberlas, para hacer lo que me dé gana.

No cuente Vd. mis años, creyéndome un viejo, porque soy aún joven, y tan aprovechado, como cualquier danzante de *primo cartello*.

Lo que siento es no ser sofista, ni charlatan; ni fosco, ni hombre que pueda aparentar la gravedad de un alguacil, pero todo eso importa poco para el caso.

Soy un antiguo compañero de Vd., que ha pasado por muchísimas aventuras; que ha visto muchas far-sas; y esto es lo bastante, para que me crea Vd. competente en eso de *hacer historia*, como se dice hoy siguiendo los preceptos de la moda.

Tenemos tanto de qué hablar, Sr. GIL BLAS, que es imposible reducirlo á un programa, aunque fuera tan grande como el de *Manzanares*.

Pero ya iremos sacando hilo al ovillo.

Quiérame Vd.; sírvame en lo que pueda, pero no se empeñe ni en *instruirme* ni en *abrazarme*, porque hasta llegaria á sospechar que me armaba alguna celada.

Me bastará, pues, ver publicada esta en su ilustrado y excelente periódico, y entonces enviaré á Vd. mi segunda epístola.

Como la mar se va picando un poquito, me vuelvo al puerto con mi barquilla, para ver si se revuelve más el charco.

Es y será siempre muy amigo de Vd.

FABRICIO.

P. D. Aun cuando en otro tiempo llamábale de *tú*, hoy lo haré de *Vd.* por el bien parecer del público.

SOBRE EL DISCURSO DE SAN LUIS.

Después de doce años de callar como un muerto, se levanta el conde de San Luis, y en los escanos dice cada verdad que al mundo espanta. Esto es hecho, señores; ya no sabemos en tan duro trance quién gobierna peor, ó quién merece aplauso ó vituperio... ¡Vaya un lance! Yo que escuché el discurso de este niño mimado en las delicias del gobierno, hice primero un guiño, y después, *sotto voce*, solté un terno. ¡Qué terno este sería, cuando uno que me oyó, tomó el sombrero diciendo:—«¡Avemaría, no diga usted esas cosas, caballero!»

Lo cierto es que el discurso era un señor discurso, y el concurso las palabras del conde recogía, y comentarios sin querer hacia de la legalidad en los abismos, exclamando:—Hé aquí los hombres de orden pintados por sí mismos.

Señor fiscal de imprenta, ¿quiere usted que respete á los que así promueven la tormenta con discursos de tanto rechupete? Según dijo Posada, es disculpable aquel que se subleva por puro patriotismo, y yo le juro, ya que no me sublevo, que si me encuentra algunas veces duro

al patriotismo nada más lo debo. ¡Soy patriota, señor, soy desgraciado! ¿Qué más quereis de mí, si yo he nacido ¡ay! para ser comido por este ó por el otro moderado?

¡Viva España, salero! ¡Viva O'Donnell que á todos nos gobierna, y deja en libertad á un caballero para entrar y salir en la taberna! ¿Qué más pretende el pobre ciudadano, si paga sus trimestres sin encono, que le lleve el gobierno de la mano diciendo:—Esto has de hacer ó te fraccio? Pueblo español, imítame y espera; yo estoy contento con mi suerte aquí, desde que O'Donnell y Posada Herrera se han encargado de pensar por mí.

Mas volviendo al discurso del conde de San Luis, tocayo mio, puedo afirmar á ustedes que el Congreso le escuchaba con muestras de embeleso siempre que hablaba del gobierno mal, —y habló mal del principio hasta el final. Con tan vivos colores de la conspiración hizo el retrato, que en algunos señores ha de dejar memoria para un rato.

Después con voz sonora, y dando una lección al ministerio de la legalidad que acaso ignora, dijo el conde muy serio que la Constitución no se cumplía; y yo entre mí decía: «El cargo es verdadero; se nos gobierna mal, es cierto, pero también gobernó mal su señoría.»

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

La Política llama onanismo de la inteligencia á la escolástica.

Esta idea debe de haber sido inspirada por alguna decima musa... de la calle de Peligros.

Del lunes en la sesion pronunció un discurso Mon.

Yo lo escuché todo entero, ¡y aun vivo!—¿Tendré salero?

Nos habló de su embajada y de historia trasnochada.

Tan papista se mostró, que Nocedal se escamó.

Sus planes no serán buenos, pero su elocuencia, ménos.

¡Qué aprovechada existencia, y qué sana corpulencia!

¡Y qué bien sirve al país cobrando sueldo en París!

Pues señor, me gusta Mon... siempre que hace dimision.

Pero, ¡por Cristo y María, que no hable su señoría!

Ha habido *jarana* en los Principados danubianos. Una cosa parecida á revolucion. El principe Couza ha sido encarcelado. Después se le ha obligado á abdicar. Y por último, se ha ofrecido la corona al conde de Flandes, hermano del rey de Bélgica. —¡Ah, revolucionarios, demagogos! esclamarán algunos. —Nada de eso, señoritos; la cosa se ha hecho por los conservadores con el mayor orden. Ni siquiera se ha disparado un *tiritu*.

Dicen que la Bolsa es el barómetro de las situaciones. Es así que la nuestra sube un día y baja otro; luego la situación está entre si cae ó se levanta.

Las casas de juego han sufrido últimamente una gran embestida.

Lo hemos dicho hace mucho tiempo: con la Union liberal no se juega: se pierde sin jugar.

—¿Has visto á César, Canuto?
—De verle tuve intencion, mas me descuidé un minuto y vi solamente á Bruto...
—Pues ya viste la funcion.

Sabemos que *El Contribuyente* estará dirigido por el señor Nuñez de Arce. Solo nos falta averiguar si el director de *El Contribuyente* paga contribucion.

El Sr. Cláros, ú *Oscuro*, como le llamó O'Donnell, es una de las siete cabezas católicas que han venido al Congreso para hacer que este desdichado gobierno pueda echárselas de liberal.

Figúrense ustedes la imaginacion del Sr. Cláros, ú *Oscuro*, en este sublime rasgo de su peroracion: *La iglesia liebre en el estado galgo*. Echele usted galgos al niño.

Dijo el Sr. Posada Herrera que el estado de sitio no influye en la suerte que sufren los periódicos.

Los lectores de GIL BLAS están convencidos de esta verdad.

Nota. Advertimos á nuestros suscritores que hace tiempo contamos con la colaboracion de D. Isidro Autran, fiscal de imprenta.

Aunque su nombre no aparece firmando ningun articulo, sin embargo, él es el que les da la última mano.

Se queja *La Regeneracion* de que *La Lealtad* le quiere quitar suscritores.

Partido que con razon se trata con tal bondad, ni es partido de *Lealtad* ni de *Regeneracion*.

Conjugacion del verbo COMER.

TIEMPO PRESENTE.

La Correspondencia.—¡Comer!
El Gobierno.—Yo como.
El neo-catolicismo.—¡Tú comes!
La mayoría.—Nosotros comemos
La minoría.—¿Vosotros comeis?
El pueblo (bostezando).—¡Ellos comen!

PASADO.

El moderantismo.—¡Yo comí!
Miraflores.—¡Yo hubiera comido!
Los veteranos.—¡Nosotros comimos!
La Iglesia.—¡Yo habia comido!
La union.—Yo hubiera, habria y hubiese comido.
El pueblo (con un palmo de lengua fuera).—¡Ellos, comieron!

FUTURO.

El progresismo.—Yo comeré.
La democracia.—¡Tú comerás!
Los neos.—¿Comeremos nosotros?
La union.—Yo querré comer.
El moderantismo.—¿Comerán ellos?
El pueblo (enseñando los dientes).—¡Comamos!

GERUNDIOS.

Los conservadores.—¡Comiendo!
La España.—¡Comida!

Entre un principe irlandés, un San Luis (santo francés), y un castillo... de carton, señores, soy de opinion de quedarme sin los tres.

Todo el dia de ayer han corrido rumores de crisis. ¿No han de correr, sabiendo la impaciencia con que los aguarda todo el mundo?

El discurso pronunciado en la Cámara francesa por Mr. Thiers, ha coincidido con el pronunciado aquí por el Sr. Mon.

Hay quien cree que ambos oradores estaban de acuerdo, y que para no repetirse dividieron el discurso en dos partes, una buena y otra mala; la segunda le tocó en suerte al Sr. Mon.

Un amigo del diputado neo-católico Sr. Cláros asegura que la manía de hablar de este caballero proviene de que ha tomado por lo serio aquel dicho vulgar de: *hablemos claros*.

En nombre de la Academia y de la seguridad pública, pedimos al Sr. Cláros que nos permita acentuar su apellido.

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.